



cuarentena
tu
cuento



UNIVERSIDAD
SAN SEBASTIAN

cuarentena tu cuento



UNIVERSIDAD
SAN SEBASTIAN

5 AÑOS ACREDITADA
GESTIÓN INSTITUCIONAL
DESDE SEPT. 2016
EXCELENCIA DE PREGRADO
HASTA SEPT. 2021
VINCULACIÓN CON EL MEDIO



UNIVERSIDAD CON PROYECCIÓN EN INVESTIGACIÓN Y DOCTORADO

ACREDITACIÓN INTERNACIONAL

VIGENCIA
6 AÑOS

AQAS

Agencia Española
de Acreditación
de Estudios
de Grado

Indice

Presentación.....	05
Prorrector.....	06
Vals en si menor.....	07
Un globo rojo.....	10
De una funcionaria que soñó que trabajaba desde casa.....	13
El reencuentro.....	16
Los cuatro superamigos.....	18
La visita del fantasma.....	20
Artistas de cuarentena.....	22
Tiempos de cuarentena.....	25
Esperanza Malva Rosa.....	27
A la deriva.....	30
El secreto de Don Alfonso.....	33
Un mundo extraño.....	36
Mi vida en Pandemia.....	38
En cuarentena ¿Habremos despertado de nosotros?.....	41
La Funa.....	44
Cuento de cuarentena.....	47

UNIVERSIDAD SAN SEBASTIÁN
CONCURSO CUARENTENA TU CUENTO

Octubre 2020

Selección de cuentos:

- Dirección de Extensión Cultural y Ceremonias USS
- Pedagogía en Educación Media en Historia y Geografía USS
- Dirección Personas USS

Ilustración, Diseño y Diagramación: Laura Behnke García

Tiraje: 2.000 ejemplares

Impreso en Santiago por E- Lephant SPA

Presentación

Para nosotros, como Dirección de Extensión Cultural y Ceremonias, el 2020 fue un año lleno de desafíos. Uno de ellos fue el de mantener nuestras acciones culturales activas, y seguir con la interacción entre estudiantes, colaboradores, académicos y comunidad externa.

Nuestro concurso Literario “Cuarentena tu Cuento”, el cual contó con la participación de la Dirección General de Personas y la Facultad de Ciencias de la Educación, fue una instancia para que las personas que componen nuestra comunidad universitaria pudiesen escribir sobre un momento tan complejo para nuestro país y el mundo.

Es así como recibimos 16 cuentos de todas nuestras sedes, donde descubrimos nuevos talentos, los cuales desplegaron toda su creatividad en sus relatos. Cada una de las historias fueron escritas en el mismo contexto, el cual marcará un periodo histórico.

Esperamos instaurar este concurso literario y cada año contar con una nueva edición, con el aporte del talento y creatividad de nuestra comunidad.

En esta oportunidad incorporamos ilustraciones de una de las artistas que participó en nuestra feria de arte ArtUSS, Laura Behnke.

Marcela Federici Maggi

*Dirección de Extensión Cultural y Ceremonias
Sede Santiago*

El año 2020 fue un año complejo, lleno de desafíos en un tiempo de incertidumbre producto de la pandemia de COVID-19. Así como ha sido siempre el propósito de nuestra universidad, y entendiendo que desde la cultura es posible generar un impacto positivo en las personas, es que incentivamos a nuestra comunidad universitaria, en todas sus sedes, a escribir en nuestro concurso literario “Cuarentena tu Cuento”, el cual contó con la colaboración de la Dirección General de Personas y la Facultad de Ciencias de la Educación.

En tiempos muy difíciles, las personas pudieron reflejar en las letras sus sentimientos y emociones, proyectando en un cuento de ficción un período de la historia que por generaciones será recordado.

Esperamos que este año que comenzamos, contemos con nuevos cuentos de nuestros colaboradores a nivel nacional, y lograr así construir nuestra colección Universidad San Sebastián

Javier Valenzuela Acevedo

*Prorrector
Universidad San Sebastián*



Vals en Si Menor

Autor David Caralt



Vamos a ver: “Estimada M., junto con saludar y esperando que esté bien...”, no; “esperando que esté muy bien”. Tal vez, debería incluir a la familia: “esperando que esté bien a resguardo usted y su familia”. Sabes qué, voy a considerar a los amigos, más vale que sobre que falte: “... esperando que esté bien a resguardo, así como su familia y amigos”. Bueno, vamos bien. Pero como hoy es lunes, incluiré esa mención: “...esperando que esté bien a resguardo, así como su familia y amigos, y que haya pasado un buen fin de semana, a pesar de las lluvias intensas y el frío, este frío húmedo que cala los huesos y no sale ni que uno se meta en la cama con la esterilla eléctrica a tope, en fin, espero que a pesar de todo este asunto del virus haya podido descansar, la verdad es que yo tenía toda la intención de hacerlo, me encanta pasar el día con mi pijama (a

rayas) metido en la cama, leyendo, escuchando música o viendo una buena película, aunque últimamente prefiero las series, en particular las del género “nordic noir”, con paisajes extremos y deshabitados, me he dado cuenta que ellos, los nórdicos (islandeses, finlandeses, suecos...), viven en cuarentena perpetua varios meses al año (eso sí que es frío, oye) y supongo que en esos lugares donde realmente no pasa nada -porque no nos engañemos, allí no pasa nada de nada-, pues resulta que son más propensos a fabular y les da por imaginar esas atrocidades que aparecen en las series de ficción para salpimentar la rutina; me encanta, como decía, enfundarme el pijama a rayas el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana, pero este fin de semana no pude llevar a cabo mi cometido porque ya el sábado poco después de comer, como a las tres y

media, cuando el sueño arrecia, me avisó el conserje que había llegado un paquete a mi nombre, y bueno, tuve que cambiarme a regañadientes, plastificarme, como dicen, e ir a recoger el dichoso paquete, pero fue gracias a esta salida imprevista que cuando subía las escaleras de regreso me pareció escuchar alguien que tocaba el piano, qué grata sorpresa descubrir que había otro piano en el edificio, así que seguí subiendo un piso más y me acerqué curioso hasta llegar al 403 a escuchar frente a la puerta, sin duda un piano antiguo, algo desafinado, reconocí el vals en si menor de Chopin, opus 69 número 2, qué preciosidad, interpretado demasiado rápido (¡es un tempo moderato y melancólico!), me dieron ganas de volver a aprenderlo, es decir estudiarlo, tocarlo, disfrutarlo vaya, como cuando era joven, y es justamente lo que hice durante el sábado por la tarde y buena parte del domingo, pero sobre todo, recordé a mi padre, quien tocaba esta pieza de maravilla (qué color, qué equilibrio, siempre me decía: “recuerda: es más difícil tocar despacio que deprisa”), y fue como estar cerca de él precisamente ahora que está tan lejos*. Pues bien, necesitaba recordarle que asista a la reunión de

mañana a las 9 en punto, clasificada con la categoría especial de “café virtual”, aunque también se acepta un té o una infusión, solo por esta vez, incluso un jugo de fruta natural, lo importante es estar conectada a la hora indicada, de preferencia cinco minutos antes por precaución, ya sabe, asegurar que no falle la cámara o el sonido, y su fondo de pantalla se vea adecuado, sea una biblioteca o no. Me despido entonces con especial afecto, esperando que este correo la encuentre requetebién, no solo a usted, sino, insisto, a su familia, amigas (antes las olvidé, perdón) y amigos, conocidos cercanos y no tanto, y por supuesto a las mascotas, no nos olvidemos de las mascotas por favor, que también las están pasando canutas, he visto algunas, pobrecitas, confinadas en el balcón, qué desgracia, de verdad, le deseo buena jornada, o lo que resta de jornada porque ya se acaba el día y yo, con su permiso, voy a servirme ahora mismo una copa de vino tinto. ¡Salud!”.

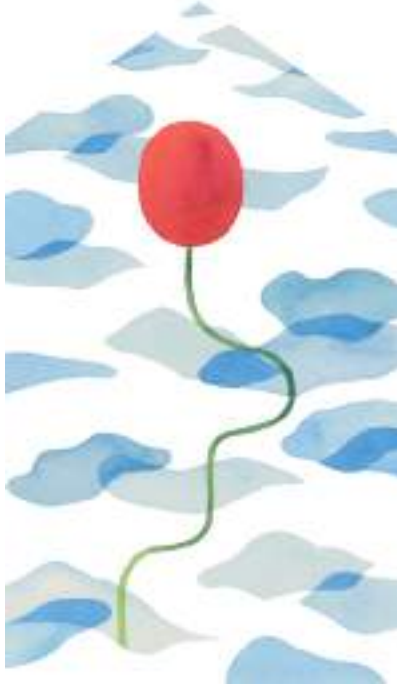
-

**Nota sólo para los lectores de este cuento: el domingo por la mañana le escribí a mi padre, explicándole esta afortunada anécdota, y me respondió sorprendido que días atrás había decidido desempolvar la partitura del vals y volver a tocarlo después de mucho tiempo.*



Un Globo Rojo

Autora Claudia Flores



“Esperamos con ansias que este encierro se termine, sin duda deseamos volver a movernos libremente, acercarnos y abrazarnos con nuestros seres queridos. Despedir como se debe a quienes ya se han ido. Y retomar las historias que dejamos a medio andar antes de que todo esto. Sin duda, con una nueva mirada y una escala de valoración sobre las cosas que realmente parecen ser importantes”

La historia comienza así...Había una vez un globo..Sí... Un globito rojo..... Un globito redondo y muy rojo, más rojo que una sandía. Este globito disfrutaba a diario de sus paseos matutinos en el vecindario donde vivía Roberto, que era su dueño. Roberto disfrutaba de salir a pasear y jugar con sus amigos. Sin embargo, era muy distraído y siempre se olvidaba de cerrar las puertas de su casa pues andaba corriendo todo el día. Le encantaba jugar con Globo Rojo, pero muchas veces se le olvidaba guardarlo y lo dejaba tirado en algún rincón del patio toda la noche. Para Globo Rojo esta distracción era muy bien aprovechada, pues podía salir a pasear por el vecindario, mirar por las panderetas de los vecinos y por supuesto darse una escapada más larga cerca del Mini Market del tío Marcos. Cuando se quedaba en el patio por la noche, Globo disfrutaba de las estrellas y de la luz de la luna que traspasaba su intenso color rojo, haciéndolo ver más guapo y brillante.

Globo observaba atentamente a los pájaros que veía a diario para aprender a volar y planear con destreza en medio de las ráfagas de viento. Disfrutaba de la agradable brisa en las tardes de verano y paseaba entre las

nubes durante horas. También disfrutaba jugando con los niños que lo veían volar libremente por las calles, ¡todos querían atraparlo! Globo era cómplice de los besos furtivos de los adolescentes que se sentaban en la plaza y era también el guardián de los secretos de las vecinas copuchentas que se juntaban en las esquinas a conversar cada tarde.

Globo Rojo era feliz, disfrutaba de su libertad, de los amigos, del viento y del sol. Se sentía tan feliz porque era dueño de su vida y de sus viajes; podía decidir hacia dónde ir, con quién quedarse un rato más y en qué momento regresar a su hogar. Globo Rojo pensaba que la libertad era la esencia de los globos, ya que fluyen con el viento y manejan sus propios ritmos con valentía y determinación.

Un día inesperado, Roberto lo tomó, lo ató a una cuerda y lo dejó colgado en la pared de su habitación. Pues pensó que se vería mejor guardado en su pieza, así no se ensuciaba ni correría riesgos de reventarse. Ahí quedó Globo Rojo colgado en la pared junto a unos muñecos que Roberto había recibido del viejito Pascuero en la última Navidad.

Pasaron los días y Globo seguía ahí... en la pieza... sin moverse, sin entender por qué tenía que estar

en ese lugar, tan solo y con tan pocas cosas que observar. En casa; a todos les agradaba que el globo favorito del más pequeño de la casa ya no estuviera tirado por cualquier lado. Sin embargo, Globo por primera vez se sentía prisionero, ahogado y obligado a un confinamiento inesperado.

Con el tiempo comenzó a achicarse, le faltaba movimiento y aire para mantenerse vivo y juguetón. Sentía que perdía la paciencia y la esperanza de volver a disfrutar de sus paseos matutinos; su color rojo intenso perdía brillo, se sentía menos alegre y más desinflado día tras día.

Este encierro prolongado, obligó a Globo Rojo a poner más atención a sus propios pensamientos; con el paso de las semanas fue descubriendo nuevas cosas del hogar del que tanto le gustaba escaparse. Se dio cuenta que su encierro ya no era tan tremendo y que el hogar de Roberto sí tenía cosas buenas que valían la pena vivir. Sentía que dentro de él algo se iba transformando. Comenzó a observar más a Roberto; sus gustos y sus estados de ánimo, y disfrutaba cuando volvía a la habitación para estar tranquilo, escuchar música, leer un poco o charlar con sus amigos.

Un día el cordel que ataba a Globo se soltó, entonces pudo volver a recorrer la casa, y en especial a deambular por los espacios y lugares que no conocía. Comenzó a disfrutar de la música, de los olores y rutinas que ahora había en ese hogar. Descubrió rincones mágicos, objetos y aromas deliciosos como el que salía de la cocina cuando la abuela horneaba galletas de vainilla y miel. Una tarde mientras paseaba por el comedor, aprovechando una corriente de aire que había entrado por la ventana, se encontró a Roberto y sus hermanos, aburridos sin saber qué hacer. ¡Al verlo, los niños comenzaron a jugar con él...! ¡Qué bien lo pasaron! Volvió a disfrutar con los niños de horas de juegos y risas.

Se dio cuenta, que este encierro que había vivido en la habitación de Roberto no sólo era para él, sino para toda la familia, por primera vez, la casa se veía más habitada durante todo el día. En este período fue el juguete favorito de los niños y le tocó jugar más que nunca en su vida.

Cuando llegaba la noche y toda la familia se iba a acostar, Globo se deleitaba con las largas y profundas conversaciones que tenían los padres de Roberto, hace mucho tiempo no se escuchaban conversaciones

largas y risas cómplices entre ellos. Globo recorría sigiloso y calladito las habitaciones de la casa. Podía ver los sillones desordenados, porque ahora todos los usaban, muchas ollas y loza en el fregadero, porque todos cocinaban y comían juntos en casa, pisos sucios, porque la familia transitaba durante todo el día de una habitación a otra, no como antes cuando la familia pasaba más tiempo fuera que en su casa. Luego de sus largos paseos y de contemplar lo que es realmente “vivir en familia”, sintió que había recuperado esa libertad que creyó robada cuando lo ataron a la cuerda y lo dejaron dentro de la habitación. Se dio cuenta que dentro de esas paredes de igual manera podía ser libre, ya que la real libertad existe en tanto sepamos cómo fluir con las circunstancias de la existencia y de los cambios que nos regala la vida. Esos mismos cambios vividos por Globo, son los que hoy en día, han estado ocurriendo dentro de cada familia; los niños han vuelto a jugar con globos, los padres vuelven a reconocer a sus hijos y entre todos hemos vuelto a deleitarnos con el pan recién horneado que aprendió a hacer el papá en estos tiempos de cuarentena.

De una funcionaria que Soñó que Trabajaba desde Casa

Autora Consuelo Palma



Al escucharse decir la palabra reunión como en sordina, Susana despertó de un salto de la cama temiendo, -aunque sin estar plenamente consciente de ello-, que había olvidado levantarse para ir al trabajo. La sensación que en los primeros segundos le embargó fue de urgencia y unas milésimas de segundos más de alivio, al mirar el reloj y definir aquel impasse matutino como una mini victoria. Esto le generó una sensación absoluta de placer y con-

trol, ofreciendo una mueca alegre con sus músculos dormidos que ella consideró una sonrisa, pero que, de haber tenido un espejo en frente, habría interpretado más como de un dolor de muela. A su lado, Gerardo intentaba simular que no había despertado, relajando lo más que podía su cuerpo en un esfuerzo actoral contrario a hacerse el muerto. Ella consciente de aquel mensaje, intentó hacer el menor ruido posible, mostrando el debido respeto por el des-

canso de su amado, tal como había quedado consensuado en la última conversación.

- Cuando despiertas, es imposible seguir durmiendo. Te mueves en la cama, no puedo dormir. Yo, cuando me despierto trato de hacer el menor ruido posible, pero tú... no hay caso. Le habría espetado.

Continuando con el relato de esta mañana, el encuentro protagónico agendado no se hizo esperar, y Susana en su oficina improvisada en el comedor, tomó sus audífonos para expresar con toda seriedad y profesionalismo lo que estaba en su mente. Por su parte Gerardo, sin entender lo que Susana tan locuaz y apasionadamente enunciaba, pensaba desde la habitación en su nueva vida dentro de casa, tan distinta y distante de sus dilemas diarios, horarios extraños, luces y sombras que habría significado una vida entera dedicada al rubro gastronómico. Y pensando también si debía salir o no de la habitación, si desconcentraría a Susana o si podría prepararse al menos un café en la cocina.

En la otra habitación, mientras que Susana movía sus labios y emitía su discurso, Diana, la gatita de la familia observaba sin comprender las acciones de su humana y como ab-

sorta en sus pensamientos de felina, intentaba perfeccionar su posturas, saltos y piruetas de gata cazadora, aprestándose a atrapar los dedos de Susana que, debajo de la mesa, se movían lenta y consistentemente al ritmo de sus palabras. Se acercaba el momento del ataque, pero Susana al advertir las patitas de Diana como dando pasos cortitos sobre su eje para impulsarse como en un triatlón, inteligentemente detuvo sus movimientos una centésima de segundo antes de que Diana se impulsara, lo cual tristemente no fue advertido por ella, que saltó sobre sus piernas, rasguñándole la piel y dibujando un patrón a la moda en sus pantalones. Perfecto pensó, mientras su interlocutor hablaba de desempeños esperados y habilidades transversales: "El último jean que me quedaba sin rasguños".

Al terminar la reunión, Susana determinó que había resultado bien, a excepción de unos pequeños tropiezos que la avergonzaban un poco, pero que sin duda no cometería en su siguiente meeting. Gerardo por su parte, entrenaba en la habitación con la compañía de Diana, quien dormitaba en la cama y cada cierto tiempo maullaba contándole sus secretos. Diríase que Gerardo y Diana se en-

tendían, y tenían una comunicación bastante fluida, a veces mejor que con Susana, quien irrumpiendo en la habitación preguntó a Gerardo:

- ¿Qué haremos de almuerzo?
- No sé, todavía ni siquiera he desayunado.

El día transcurriría a diferentes ritmos y planos en el departamento y

en las vidas de sus habitantes. En momentos en que los tres coincidían con una pausa en sus quehaceres, éstas se interceptaban evidenciando tensiones latentes, pero también un grato asombro por encontrarse juntos un martes al medio día de aquel incipiente invierno.



El Reencuentro

Autora Dania Cabrera Reyes



- ¡Uno, dos, tres... seis, ocho... diez!, ¡salí a buscar!, gritaba Magdalena mientras corría buscando a sus amigos, escondidos detrás del auto aquel, arriba del árbol de más allá o tras la pandereta de la casa de la esquina. Al final cada verano, cada día, antes o después de jugar al luche o tal vez a la cuerda. Colorada y sudorosa subía a su departamento para almorzar o tomar la onces, cuando su abuela la llamaba desde lo alto del balcón; así hasta el anochecer. El juego sólo se veía interrumpido cuando la abuela le daba \$5 y le pedía que fuese a comprar patas de pollo o cabezas de pescado, o que fuera a rellenar \$10 de aceite que el vendedor extraía de un enorme tambor y que Magdalena se quedaba

mirando con atención, mientras colmaba la botella del viscoso líquido, haciendo burbujas al caer; -para la Cucha- le decía su abuelita; pero Magdalena sabía que la gata compartía con ella su merienda. En uno de esos veranos, al regresar a su casa al inicio de las clases, su madre le mostró alegremente unos zapatos escolares "casi nuevos", los cuales había conseguido de su prima, unos meses mayor. El dolor del orgullo herido se clavó con furia en el rostro irritablemente sonriente de su madre, quien no comprendió las lágrimas ni el portazo. A la fuerza se puso sus zapatos del año anterior; que le quedasen pequeños le parecía un detalle sin importancia -le daré a mi hija todo lo que yo no pude tener- se prometió. Hoy, ya adulta y con trabajo, ha cumplido su antigua promesa: compra todo un cuanto hay para su pequeña hija, que ya no es tan pequeña; compra más de lo que puede y trabaja el día entero para cubrir las cuentas, pero es feliz porque se siente una buena madre, dado que su pequeña tiene la Barbie que ella nunca tuvo (¡y todas las demás!), y los vestidos más lindos de primera mano y los zapatos de charrol nuevos, aunque aún no la ha visto crecer. Hay que pagar el colegio y



la empleada. La niña no estira sola su cama, y tampoco sale a jugar; se entretiene en casa viendo la televisión. Nunca ha escuchado de las escondidas, el luche o la cuerda para saltar; ni ha sabido del abrazo sudoroso de los amigos del barrio. Se extrañó el día en que la nana no vino y la mamá tampoco se fue a trabajar. Hace meses que no va; sólo sale a veces a comprar. Ahora los adultos están nerviosos. Hay mall, pero no se puede ir a visitar porque un virus mortal anda dando vueltas, matando a la gente porque se toca o se

abrazo; o transformándola en arma silenciosa de quienes ama, o simplemente, de quienes han tenido-la desdicha de tocar el mismo paquete de arroz o las mismas manzanas en el supermercado. Ahora está en casa: se mira frente a frente con su hija, rodeada ella de un mar de caros cachivaches de colores, algunos sin tocar. La encuentra más grande de lo que recordaba. Se escudriñan, se reconocen, se dan una oportunidad. Se abrazan, ahora que no deben hacerlo.

Los Cuatro Súper Amigos

Autor José David

Categoría: hijos de funcionario, 10 años



Tres amigos iban de viaje y tuvieron un accidente, donde encontraron una piedra mágica, pero ellos no sabían que era mágica. La tocaron y tuvieron súper poderes. El primero tuvo el poder de controlar el fuego y el agua; el segundo pudo volar y súper fuerza; y el tercero tenía el poder de súper velocidad y rayos láser con las manos.

Un día llegó un supervillano que se llamaba Coronavirus y sus poderes eran que al tocar a una persona la infectaba y se hacía su esclavo; su otro poder era la súper fuerza.

Después los tres superhéroes gritaron:

- ¡Mi nombre es Vitamina!, gritó el primero,

- El segundo gritó: ¡mi nombre es Cuidado!

- Y el tercero gritó: ¡mi nombre es Salud!

Y gritaron juntos:

- ¡Somos los que protegemos a la gente de los supervillanos!

Justo en ese momento aparece el Coronavirus con sus aliados que eran los infectados y les dijo:

- ¡Yo soy más poderoso que ustedes, mis aliados se multiplican, queda poco tiempo para que todos sean mis esclavos!

Los superhéroes pelearon tanto que

salieron lastimados y el Coronavirus logró infectarlos, porque el villano tenía súper invisibilidad y los superhéroes no sabían dónde estaba.

Entonces llegó un nuevo superhéroe llamado Anticuerpo y su súper poder era visión térmica con rayos láser, y logró derrotar al villano Coronavirus y quitarle todos sus poderes, sanando a los que infectó.

Después de derrotar al Coronavirus, los cuatro superhéroes se hicieron súper amigos y juntos seguían ayudando a las personas, dándoles los siguientes consejos:

1. Que se laven bien las manos,

2. Que usen mascarillas,

3. Estar a más de un metro de distancia de otras personas,

4. No saludar dando la mano, ni de beso, cuando salgan de su casa.

Espero que sigan estos consejos, para que no vuelva el Coronavirus.

FIN



La visita del fantasma

Autor Matías Orellana Vidal

Categoría: hijos de funcionario, 8 años



En este tiempo, he tenido muchos sentimientos a veces siento que la vida es triste, otras estoy feliz, de vez en cuando enojado y aburrido. Pero mi mamá me dice que la vida es así, en este tiempo de cuarentena me ha mostrado muchas cosas, como la tristeza por no ver a tus amigos o familiares, el enojo de no poder salir por esta pandemia y feliz por cosas de la familia.

Me imagino este virus como un fantasma que le tienes miedo porque no lo puedes ver y sabes que le puede causar mucho daño a tu familia, mis amigos y a mí. Cuando apareció este fantasma verde e infeccioso hizo que el mundo se mejore porque los humanos ya no podemos contaminar, la familia está de nuevo junta y estamos aprendiendo a defendernos de este virus llamado coronavirus o covid 19.

Pero no todo ha sido bueno, las personas mayores de 70 , 80, 50 años se pueden enfermar gravemente, por eso han tenido que esconderse de este villano, pero eso ha hecho que los abuelos y abuelas estén más solos, una de las cosas que me pone triste es que hace 2 meses no he podido darle un abrazo a mi abuelita, pero también sé que alguien de mi familia es muy feliz, mi Leo mi perrita, hemos estado más tiempo juntos y sé que ahora todos los perros y gatos están felices porque toda la familia esta para jugar con ellos y darles cariño.

Por eso siento que este fantasma verde que llegó a visitarnos no ha sido tan malo, espero que pronto podamos ser buenos amigos y deje de vernos como enemigos y nos deje en paz.





Artistas de Cuarentena

Autora Alicia Contreras

Había una vez una linda familia, un papá, una mamá y tres hermosos hijos, dos niñas y un varón. Ellos vivían en la capital de su país, donde las personas comenzaron a enfermar por un virus muy contagioso; las autoridades decretaron cuarentena nacional y todos debían quedarse en sus casas; esta medida se tomó para prevenir el contagio.

La madre estaba al cuidado de sus hijos y del orden de su casa, mientras el padre debía trabajar para dar sustento a su familia. Sin embargo, la cuarentena los mantuvo separados, porque cuando comenzó la expansión de la enfermedad, el padre se encontraba trabajando fuera de la ciudad y no alcanzó a regresar a su casa.

La madre todos los días se levantaba temprano y preparaba la jornada escolar para sus hijos, pues al no poder salir de su casa, los niños debían estudiar en el hogar, y la mamá pasó a ser su profesora. Los hermanos entendían perfectamente lo que pasaba, porque su madre les informaba diariamente lo que comunicaban por

la televisión.

También recibían todos los días una videollamada por WhatsApp, la cual esperaban ansiosos antes de dormir, pues era el momento en que veían y escuchaban a su papá, quien no podía volver a casa hasta que se levantará la cuarentena.

A pesar de la esforzada labor de la madre por tener la casa ordenada, algo pasaba en el transcurso de las tardes, pues después de almorzar; cuando los niños tomaban su siesta, la madre se dedicaba a cuidar su huerta, la cual les proveía de alimentos durante el confinamiento. Pero todas las tardes al ingresar a casa encontraba el living desordenado y no entendía cómo pasaba esto, pues sus hijos estaban durmiendo.

Después de varios días con esta situación, la madre decidió quedarse a dormir siesta con sus hijos; cuando se encuentra con la gran sorpresa, que las pequeñas se levantan y despiertan a su hermano para montar un escenario en el living, se vistieron como artistas y el niño era el presentador. Comenzaron a bailar mientras

su mamá disimulaba estar dormida; después de varios minutos donde los niños jugaron en el escenario, se cansaron y se fueron a recostar quedándose profundamente dormidos. Al segundo día que la mamá disimula dormir siesta, los niños nuevamente instalan el escenario y cuando están listos para comenzar a jugar la madre se levanta y los sorprende preguntando:

- ¿qué está pasando?

Las hermanas responden al unísono:

- ¡Mamá!, somos artistas.

Luego la mamá les dice:

- Pero los artistas tienen público, y ¿quién es su público?

Los niños sientan a su mamá diciéndole,

- Tu mamá, tu mamá, tu mamá, tú eres nuestro público.

Después de esto, comienzan a bailar y a cantar como lo hacían frecuentemente, pero ahora con público, que los observaba y aplaudía al final de cada presentación. Pronto se cansaron y se preparaban para ir a descansar, pero la mamá, les pregunta,

- ¿qué pasará ahora con el living?

Y los hermanos se miran entre sí, pues no entienden a qué se refería, entonces la mamá les explica qué después de cada presentación de-

ben ordenar el escenario y dejar todas las cosas en el lugar de donde las tomaron.

Los fines de semana, también invitaban a su papá por videollamada, para que disfrutará de sus presentaciones. Y le contaron que ellos dejan todo ordenado después de su show, porque esa es la forma que tienen de colaborar en el hogar, no solamente en periodo de cuarentena, sino que en todo momento; que la familia debe apoyarse unos con otros y cuidarse mutuamente.

De esta forma, durante la pandemia que vive el mundo, esta familia encontró la forma de cuidarse, respetar la cuarentena y mantenerse unida a pesar de la distancia.





Tiempos de Cuarentena

Autora Evelyn Dafne Sepúlveda Espinoza.



No recuerdo el día exacto que nos informaron que la modalidad de trabajo cambiaba a “teletrabajo”. Apenas escuché eso, reconozco que me alegré un poco, sentía cierta tranquilidad con esta nueva modalidad, recordé todas las veces que desee estar en casa, pero también me generaba cierta incertidumbre, no saber hasta cuándo sería. Ahora tocaba adaptarse, tener lo necesario para convertir un espacio de mi hogar en oficina temporal, que me permitiera tranquilidad para las reuniones y estar enfocada en mi trabajo. Además, debía aprender a estar todo, y digo todo el día en casa. Hacer los quehaceres diarios del hogar, que en tiempos de normalidad con suerte dedicaba un día. Para comenzar me propuse hacer pan, dentro de mi ignorancia, pensaba que sería una tarea fácil, hasta que obtuve el resultado, era imposible comerlo. Ahora entendía cuando decían que servía para juego de tejo, así de duro estaba. Pero no me detuve, busqué y vi miles de tutoriales, recetas de amigas, fami-

lia, hasta luego de varios intentos lo logré. Ese día me quede frente al horno, emocionada viendo como subía y tomaba un dorado único, lo había conseguido mi receta perfecta. Me sentía feliz. Pero la naturaleza del ser humano nos hace buscar nuevos desafíos, además debía aprovechar mi tiempo en casa, por tanto, me propuse desarrollar nuevas recetas pero esta vez sería repostería, partiría con los queques ya que según miles de tutoriales se cree simple, pero nuevamente mi ignorancia y el hecho de haber alcanzado el logro anterior, por el que creía que estaba lista para un programa de cocina, me jugaría una mala pasada. Recuerdo el primero, segura del éxito, seguí al pie de la letra los tiempos indicados, hasta que lo retiré del horno, completamente quemado y sin altura. Sin ninguna posibilidad de ser comido por alguien. Lo intente no una vez, sino varias distintas recetas, el resultado parecido quizás menos quemado. Mi frustración estaba en su máximo nivel, ya no podía seguir, debía olvidarme de eso. Des-



pués de varias semanas revisando algunas redes sociales encontré la receta perfecta. Algo me decía que los otros intentos, no habían sido más que ensayos y que al fin lograría alcanzar mi objetivo, y fue así. La desarrollé según lo indicado, me quedé mirando el horno hasta que ahí lo vi, subiendo esponjoso alcanzando un color caramelo, era perfecto. Desde ese día, he desarrollado todo tipo de

ideas que escribo en un cuaderno que lleva por nombre “Tiempos de cuarentena”. No quiero olvidar ningún detalle de este tiempo en casa, de todos los aciertos y desaciertos que he tenido, de pasar de la pena de no poder estar con mi familia hasta ir a dejarles alguna cosita que he preparado y ver sus caras llenas de emoción, la misma que yo siento.

Esperanza en Malva Rosa

Autora Marcela Isabel del Pilar Sanhueza Parra

El pueblo de Malva Rosa está cercano a un río, lo rodean montañas y la tecnología no ha llegado en todo su esplendor. Desde hace unos meses sus habitantes viven confinados en sus hogares por la llegada de un visitante que nadie quiere conocer, merodea por sus caminos, algunos terrosos y otros de asfalto, que dividen el pueblo entre los campesinos y los pueblerinos.

El visitante de capa negra y mirada acechadora sólo con su aliento puede quitar la vida a cualquiera que se le acerque, pueblerinos y campesinos, se protegen en sus hogares y quienes salen por víveres deben cubrirse con escudos y máscaras que sólo les permiten orientarse y respirar, aunque sea con dificultad, para protegerse de la pestilencia del visitante que donde va deja su rastro.

Dentro de las conversaciones que se manejan en el pueblo hablan de desapariciones, vecinos enfermos, muertos y fiestas clandestinas para matar el aburrimiento de algunos que sólo piensan en sí mismos y no ven la gravedad del problema, e in-

cluso creen que el “visitante” es un invento de unos pocos para marginar y controlar el comportamiento del pueblo. Hace unos días en plena calle se generó una discusión tan grande entre quienes habían vivido la partida de un familiar por la pestilencia del “visitante” y otros que no creían de su existencia, que llegó la policía a mantener el orden.

En los hogares los niños corren, juegan, ríen y van al colegio, con clases desde el hogar que para quienes tienen tecnología es más cercano, en éste caso los “pueblerinos”, pero cada vez más distante para los “campesinos”, que antes caminaban largas distancias para llegar, ahora, aunque la escuela está en su casa, no pueden acceder.

Desde la esperanza, las familias se han unido, los niños disfrutaban del tiempo con los padres en casa y anhelan no llegue pronto la separación, en éstos mismos hogares, se atienden todas las necesidades y se tratan de mantener los trabajos que los sostienen, hay otros hogares donde la convivencia ha sido extrema y se



pasa de momentos alegres a momentos agotadores o “caóticamente felices”, donde el estar juntos y anhelar un respiro pareciera condenable.

Hay hogares donde el valor de lo poco se ha hecho harto y los detalles cobran mayor importancia que un gran regalo.

Hay padres que tuvieron que continuar saliendo del hogar para llevar sustento, pero en el valor de su trabajo, se convirtieron en los héroes de su casa que enfrentan cada día al “visitante”.

En éste contexto Malva Rosa sobrevive y aún hay esperanza que pronto se irá el visitante, dejando atrás su

pestilencia mortífera a quien todos temen, junto a los escudos y mascarillas de héroes, pero conservando los súper poderes que permitieron ver y sentir la vida de manera diferente.



A la Deriva

Autora María Marcela Bravo Zehnder

Desperté de amanecida con el choque de las olas que hacían mover el barco. Me sentía confusa, tal vez un poco mareada y no lograba comprender por qué me encontraba ahí. - ¿Tormenta?, ¿barco?, ¿viaje? - ¿acaso no es marzo?.....acaba de comenzar el semestre y tenía a alumnos que esperaban por mis cátedras. -“Debe ser una pesadilla”-. Traté de dormir un poco más, pero el barco se meció más fuerte botándome del camarote. Mi corazón latía sin control y me costaba respirar. Me agarré firme del pilar para poder incorporarme. Divisé en la cama de abajo, a mi hija dormida. Me tranquilizó saber que no estaba sola. ¿Dónde estábamos, a dónde íbamos? Me asomé por una pequeña ventanilla redonda y vi que había muchos más barcos mar adentro. De todo tipo..... unos más grandes, otros pequeños y todos hacían frente a la tempestad. - ¿Cómo será mi barco, estaremos seguras aquí, ¿quién será su capitán? -. Me saltaban miles de preguntas y todas sin respuestas. Estábamos a la deriva..... Revisé el cuar-

to. Era más bien pequeño pero sus paredes parecían sólidas. Debe ser un barco seguro...pensé a modo de consuelo. Una especie de frigo bar estaba firmemente sujeto a la pared. Con cierta dificultad comprobé que estaba aperado con jugos y galletas. En la cabecera de mi cama colgaba una imagen de la Santísima Virgen, tenía sus brazos abiertos. Deseé con





todo el corazón que me abrazara. Y recé como no lo hacía hace tiempo..... Sentí el abrazo de mi madre cuando me recogió una vez que me caí de niña. Mis rodillas sangraban y ella limpió las heridas con agua oxigenada. Recordé que soplabá para que me doliera menos. También vi a mis abuelos, bajo el Crespón, en el jardín hermoso en su casa de Concepción. Con su sonrisa amplia esperándonos que llegáramos de nuestro largo viaje desde Santiago. ¡Qué veraneos más lindos pasábamos todos juntos.....esa casa grande con olor a galletas! En los días soleados íbamos a playa Blanca o a la laguna San Pedro, la brisa marina acariciando mi cara, el capeo de las olas con mis primos y hermanos. Recuerdo los picnics en el río de las cruces. Aún guardo la piedrecita roja con una cruz negra perfecta que mi hermano Luis Alberto me regaló. Veo a mi amiga Lily que me sonreía con sus ojos achinados. Compañera de curso y travesuras y que está en el

cielo desde los 21. Me veo con 15 años manejando su Fiat 147. Cómo nos reíamos a carcajadas. Un bullicio alegre me volvió a la realidad. Me asomé por la ventanilla y la tormenta había escampado. El cielo estaba de color azul radiante. Para mi gran asombro, vi a tres toninas saltar y juguetear siguiendo las huellas de los barcos. Una saltaba primero y las otras dos le seguían como haciendo un baile.....que hermoso regalo, pensé. La angustia del amanecer se había empezado a disipar..... Sentí una voz dulce que me llamaba por mi nombre...luego una caricia en la cabeza. Abrí los ojos y vi una cara cuyos ojos azul intenso apenas se asomaban por encima de la mascarilla y antiparras. –“Tienes suerte, mucha suerte.....me dijo apretando mi brazo.....eres una de las pacientes que llegó desde Santiago la semana pasada y se salvó”-. ¿Y... dónde estoy?, pregunté. En el hospital General de Concepción. Tu hija Camila está ansiosa por verte.



El Secreto de Don Alfonso

Autor Moisés Silva Triviño

No hace mucho que don Alfonso curvó los 89 años, y su último examen médico acusó nada más que una sordera incipiente y cierta presbicia. Él sólo se queja de dolores a los huesos de las manos al llegar el nuevo invierno. “¿Cómo no voy a tener algo importante?”- le regañó al galeno, y así salió de la consulta con una receta de vitaminas y minerales. La familia ha acentuado su interacción con el tata Alfonso, facilitada por la cuarentena impuesta en las últimas semanas. Bueno, de vez en cuando el viejo exhibe paréntesis temporales que le llevan a otros tiempos. Sin embargo, por lo común, despliega una coherencia y claridad de lenguaje que a veces su hijo Samuel echa de menos en la propia universidad donde enseña. Por su parte, Natalia dejó atrás los entredichos que sostuvo con su suegro en días cercanos a la boda, hace quince años; pero desde que comparten el hogar empezó a quererlo. Admira su caballerosidad y el aprecio que muestra por la comida que ella le prepara.

A Daniela le encanta su tata y admira su todavía abundante cabellera blanca que ella le peina a veces de manera estrafalaria. La nieta aprendió a leer antes que sus compañeras de colegio, guiada por el abuelo y el viejo Silabario Hispano Americano. Hoy, a los 12 años, es el tata quien le ayuda con las tareas, y quien la ha iniciado en el ajedrez, lo que les permite acortar las largas tardes de reclusión en casa.

Las noticias televisivas alarman diariamente con la creciente cantidad de contagiados y fallecidos, y que muchos de ellos son de avanzada edad. Pero Daniela está tranquila pues ve que sus padres resguardan las medidas sanitarias y sobre todo que cuidan con esmero al abuelo.

Una tarde lluviosa de junio, don Alfonso y Daniela estaban concentrados en un silencioso partido de ajedrez.

- Tata - dijo la niña, sin levantar la vista del tablero -, ¿cómo es que la gente logra vivir tantos años?

- ¿Y por qué crees tú que lo logran?
- respondió el abuelo, moviendo una





pieza.

- No sé – contestó la nieta, dejando en suspenso su jugada -. La tía de ciencias dijo un día que una alimentación sana y mucho ejercicio o vivir en un lugar con aire limpio ayuda a prolongar la vida. ¿Tú qué crees?

- Creo que lo que tú en verdad quieres saber es cómo yo he logrado vivir tanto – afirmó don Alfonso, mirando fijamente a Daniela.

El juego se había finalmente suspendido.

- Sí, Tata – replicó, levantando la vista -, cuéntame tu secreto... Y quiero que sepas que me gustaría que tú vivieras muchísimos años más, ojalá para siempre.

- Mi niña – empezó el anciano, sonriéndole con los ojos -, la receta es

simple.

Después de un silencio, y observando los ojos muy abiertos de Daniela, agregó con voz firme y mirada cariñosa:

- Siempre, en todo momento de mi vida, jamás dejé de respetar a mis padres.

Y ante el rostro pensativo de la pequeña, terminó diciendo:

- ¿Sabes? Lo cierto es que el secreto es muy antiguo. Solamente uno de los diez mandamientos de Dios trae una bella promesa enlazada: Honra a tu padre y a tu madre y serán largos tus días sobre la tierra.

Así, se cerró otra tarde de cuarentena y, contrariando el pronóstico del tiempo, la lluvia continuó cayendo.



Un Mundo Extraño

Autor Moisés Silva Triviño



Qué raro, parece que ya no tendré que viajar a esa otra casa. Han vuelto a poner mi ropa en ese... mueble, y el par de maletas vacías está otra vez en el fondo del closet de la habitación. Quién sabe si la lluvia ha cambiado los planes. Quizás mi nieta Florencia ha manifestado que quiere ir conmigo, lo que ha provocado sin duda un altercado con sus padres. O tal vez nadie quiera salir de la casa pues todos han preferido permanecer encerrados ya por varios días. ¿O han sido varias semanas?

A mi niña ni siquiera la mandan al colegio, ¿cómo es posible? Todos los días la veo prácticamente pegada al computador. Al igual que su mamá, que tampoco va a dar clases a la universidad. Dice que ahora enseña a distancia. ¿Cómo puede ser eso? ¿Cómo se transfiere entonces la pasión por el saber? Y el papá ya no sale a trabajar. Todo es muy extraño. Al parecer, he vuelto a dormirme, aquí en la misma silla y ante la misma estufa. Florencia o mi hija me ayudó a llegar a la sala de estar.

¡Qué terrible! De nuevo discuten si ya debo o no comer. Hambre no tengo. Como siempre, oigo a Florencia insistiendo ante los papás que su tata debe comer algo, ofreciéndose para traerme la bandeja con la cena. A mí, me gustaría sentarme a la mesa, junto a todos, pero piensan que es más cómodo que coma aquí mismo. Ojalá no manche la camisa que hoy me hizo vestir mi yerno.

Creo que me dormí otra vez. Estoy recostado en mi cama. Seguramente Florencia me ayudó a trasladarme de regreso a la habitación. Es que, a veces, mis piernas poco me obedecen. Tiene que haber sido ella pues allí está, encima del velador, el vaso con agua y ese frasco con el letrerito que dice remedios, escrito con su letra de niña pequeña. Las mismas medicinas que debo tomar todos los días. Ahora sí que me esforzaré por no volcar el vaso.

¿Por qué pondrán tan elevado el volumen de la televisión en la sala de estar? Nuevamente anuncian que aumenta el número de contagiados y fallecidos en todo el mundo y orde-

nan que la gente permanezca en sus casas. ¡Vaya novedad! Hace muchísimo tiempo, siendo muy joven, en la radio advertían lo mismo: que había mucha gente agripada y que no era aconsejable salir de casa y exponerse al frío y contagiar a otros. Nada



nuevo bajo el sol.

Un nuevo día lluvioso y frío. Pero, ¿quiénes son esas personas que invaden mi casa? Mienten llamándome tata y papá cuando hace muchos años que ya no tengo nieta ni hija. Les he dicho que se marchen, pero en vez de irse se ponen a llorar mientras un desconocido las abraza. Es increíble el descaro que muestran al apoderarse de la casa y las pocas posesiones de un viejo.

No entiendo el afán de esta gente de andar rociando las mesas y las manillas de las puertas con un líquido de olor penetrante, y de frotar con esas toallitas que huelen a cloro todos los envases que llegan del supermercado. Además, no me dejan tomar nada que ellos no hayan frotado con esas toallitas. Ayer - ¿o fue anteayer? - la niña arrancó de mis manos el periódico que salí a recoger a la entrada de la casa, haciéndome entrar para luego ponerme en las manos ese líquido viscoso que huele a alcohol. "¡Estamos en cuarentena tata!" -, me gritó.

¿Cuarentena? ¡Pero si eso fue hace siglos! Que yo sepa, aquí no hay lepra ni peste bubónica. Dicen que es una cuarentena de siete días. Ya no saben contar y han olvidado la historia. Así, ¿dónde vamos a llegar?

Mi Vida en Pandemia

Autor Osvaldo Carrasco Jeréz



En mis 75 años de vida, nunca me imaginé que iba a vivir una pandemia.

Pertenezco al departamento de servicios generales. Mi trabajo es recorrer las dependencias de la universidad y observar el deterioro o daño ocasionado por el tiempo o uso. Debido a ello me corresponde caminar, subir y bajar escalas, lo cual es muy beneficioso para mi salud, porque me mantiene en un buen estado físico, ya que además de mis años soy hipertenso.

Cuando la dirección de la universidad dispuso, por causa del Coronavirus, que los funcionarios de la tercera edad, donde pertenezco, se quedaran en casa, fue un cambio de vida brusco, inesperado y desconocido para mí, ya que por muchos años y debido a los trabajos que he realizado durante mi vida, adquirí la costumbre de levantarme a las 04.30 horas, y acostarme temprano.

Los primeros días comencé a dormir hasta tarde y pasar muchas horas frente al televisor, hasta que un día, no encontré ningún programa que

me gustara, eso me hizo reaccionar y darme cuenta que el estilo de vida que estaba llevando, me afectaría mental y físicamente, es por eso que decidí cambiar mi manera de enfrentar esta cuarentena.

Al comenzar el día, primero doy gracias a Dios por el nuevo día que me da y durante la mañana realizo caminata y gimnasia, de acuerdo a mi edad, además retomé mi estudio de inglés y estoy en condiciones de entender a un extranjero en una conversación simple, sé que me falta mucho para hablar fluidamente y con buena pronunciación, pero seguiré practicando.

En las tardes, me informo del acontecer nacional e internacional a través de internet para tener un conocimiento más amplio que la información que entregan los canales nacionales. También me gusta escuchar música que me recuerda mi juventud. Además, estoy aprendiendo a tocar teclado, porque quisiera algún día poder tocar la melodía de feliz cumpleaños a mis nietos.

Día a día comparto con mi esposa,

conversamos, hacemos juntos las labores de la casa, jugamos a las cartas, dominó, etc., vemos juntos películas en la TV. Hemos estado sin salir de casa por casi cinco meses, manteniendo todas las medidas de prevención, porque tenemos muchas ganas de seguir viviendo. El contacto con nuestros hijos es por teléfono y la única forma de ver a nuestros nietos es a través de video llamada.

En la convivencia diaria, cuando surge algún desencuentro con mi esposa, recuerdo una frase que escuché

cuando niño y la practico “Alguien tiene que ceder” y también Dios me ha enseñado que “la blanda respuesta, aplaca el enojo”.

Al final del día, antes de dormir, me pongo a cuenta con Dios, le agradezco el día que me ha dado y cierro mis ojos esperando volver a tener la oportunidad de vivir un nuevo día.

Espero verlos pronto, si Dios quiere.



En Cuarentena, ¿Habremos Despertado de Nosotros?

Autora Priscila Candia Johns


Creo que comienzo a entender, que cuando el ave canta escucho la libertad, cuando el sol me acaricia siento la alegría, cuando florece el jardín veo la esperanza, cuando un fruto cae saboreo el progreso, cuando la lluvia cesa olfateo la pureza, pero..., donde hay libertad hay esclavitud, donde hay alegría hay tristeza, donde hay esperanza hay desesperanza, donde hay progreso hay retroceso y donde hay pureza hay impureza, aun así, nos inclinamos a un lado de la balanza.

Habíamos ido con mi mamá a una playa que se encontraba al lado de un cerro, rápidamente me decidí por explorarlo mientras mi mamá se quedaría en la playa. Ya en él, me dirigí a un lugar semi boscoso en el que se encontraba una carpa grande que, al parecer, cumplía el papel de un jardín infantil o algo similar, pues en ésta habían varios niños y niñas al cuidado y enseñanzas de una señora de aspecto joven, caminé tan solo unos dos metros más delante de

aquella carpa, cuando me topé con un acantilado en el que se encontraban tres niños intentando aferrarse para no caer y junto a ellos, una carpa medio destruida y en mal estado que se resistía a la idea de esfumarse con el viento; al toparme con tal escena me distraje, cayendo por el acantilado, aferrándome de la misma forma que hacían esos niños y pensando desesperadamente como salir de ahí, de pronto, aquellos niños comenzaron a ayudarme a subir hasta que lo logré, pero por alguna razón sólo uno de ellos salió también conmigo, los otros dos decidieron quedarse en el acantilado, era como si no pudiesen salir aún, como si les faltara o esperaran algo, así que caminé con el niño hasta la otra carpa que resguardaba al resto de niños y niñas y lo entregué a la señora, contándole lo sucedido, pero ésta sólo se limitó a decir que debía tener más cuidado y no se podían permitir cosas así.

Alrededor de una hora más tarde,





comencé a tener fuertes deseos de lanzarme desde el cerro con el objetivo de acabar con mi vida, pensando en que ya era momento de empezar una nueva, de nacer de nuevo, y así lo hice, sin ningún temor y por alguna razón, sintiéndome llena de paz, tomé vuelo y me lancé, mientras caía sentía por primera vez como si volara, y al mismo tiempo, admiraba el hermoso océano y aquel sol de pleno día que en él se reflejaba, me sentía libre, pero era cosa de segundos para que mi cuerpo callera contra la arena a los pies del cerro; no lo vi, pero sabía que mi vehículo ahora se encontraba abrazando esta tierra, para luego unírsele e ingresar a su perfecto ciclo. Mamá caminaba a la orilla del mar contemplando su grandeza, me dirigí a su lado y caminé a su paso, nos hablábamos como si nada hubiese pasado, su voz me traía paz y seguridad, yo me preparaba para despedirme y contarle que ya era momento de nacer de nuevo, de cumplir años desde cero, y fue

entonces cuando me arrepentí, después de toda la seguridad que había sentido frente a mi decisión, ahora quería deshacer lo que había hecho, quería volver, quería quedarme un buen rato más, porque después de todo no faltaba mucho tiempo para tener que irme otra vez, y así, de alguna manera, aquel cuerpo que se supone debía estar destrozado, se ofreció una vez más a servirme con la misma calidad con la que lo había hecho hasta ahora, luego, llena de sentimientos que ni siquiera sabría describir y agradecida por tan magnífica ofrenda, milagro o como prefieran llamarlo, miré a mi madre quien dibujaba una sonrisa en su rostro, y juntas caminamos a pies descalzos por la orilla del mar. Y al final me despierto, todo había sido un sueño, un sueño de esos típicos de cuarentena, pero quien sabe, tal vez es la cuarentena quien sea el propio sueño, o quizás, nunca desperté.

La Funa

Autora Rosa García Quintanilla

Amaneció y llueve; llueve igual que ayer y que antes de ayer, como sea así es Valdivia, lo raro sería que no lloviera...pero lo que quiero hacer notar es que ya no logro encontrar una significativa diferencia entre los días. Este encierro me mantiene girando en un solo tema: este desconocido y temido virus. Entonces noté que estaba intoxicada de información de dudoso origen que se contraponía una con otra sobre coronavirus; por lo mismo opté por dejar de leer sobre el tema. Es que ya estaba saturada de tanto coronavirus aquí, coronavirus allá. Mi decisión fue no volver a ingresar al Facebook, tampoco visitar redes sociales menos ver las noticias en televisión incluyendo con esto a programas informativos, recuentos de infectados, fallecidos y recuperados. No es por querer negar lo que ocurre, ni cerrar los ojos a lo que es una realidad innegablemente, sino más bien por tratar de auto protegerme; de resetearme de tanta información que me atacaba por todos los frentes sin tener si quiera consideración en que

me quitaría horas de sueño y paz. Porque nótese que al tercer mes de cuarentena ya comencé a dormir casi 3 horas diarias, y al otro día: "milagro" ni una sola gota de sueño. Me preguntaba que estaba pasando conmigo, pero descubrí por conversaciones con mis familiares directos que no era la única, había una verdadera psicosis colectiva lo que llevaba al famoso insomnio. Y yo que creía que era la única (eso me pasa por dejar de visitar las redes sociales). Apoyándome en ello es que las retomé, entonces fue mi perdición, la verdad es que ya ni miraba las informaciones relacionadas al coronavirus, pero sí me hice adicta a páginas de redes sociales. Leí cuanta publicación había sobre funas (las que no son pocas), de hecho, les comento con cierto dejo de orgullo que podría llegar a afirmar que me hice experta en funas. Me tomé bien en serio la cosa y de acuerdo a las horas invertidas en ellas guardando claro la proporción, fue lo más parecido a realizar un diplomado en funas online. Funa que había, llegaba yo, y ponía



un comentario lo más “contundente” que podía, eso equivaldría como a mi práctica profesional pienso, al poco rato ya podía ver el resultado: mi comentario se llenaba de likes, algunas caritas enojadas y también porque no, una que otras réplicas a mi comentario; no obstante, no todos eran buenos, también existían los ofensivos, pero esos los ignoraba. Ya terminado el día me sentía satisfecha, sentía que había sido un día productivo que algo había hecho por la sociedad. A estas alturas del partido, en que en mi casa había hecho todo, y realmente más que todo no había nada más que hacer, ya que desde ordenar la ropa hasta barrer las canaletas y sacar todas las hojas secas de las plantas del macetero, tomar recetas y prepararlas algunas con más éxito que otras, tejer calcetines, zapatitos, amigurumi, bufanda, bajada de cama, unos cuantos retablos y como 3 cursos online abandonados a mitad de camino porque mi cerebro estaba trabajando al 50% con tanta información diversa, se me ocurrió que lo más productivo que podía hacer era convertirme en opinóloga. Y no crean que es un oficio sencillo, recibes desde una carita feliz hasta una invitación a trasladarte desde esa página a

un lugar distante. Pero no por eso iba a abandonar mi proyecto, sentía que tenía mucho que decir, sentía que mi opinión tenía un asidero sólido en que podría llegar incluso a otorgar alguna orientación a quien la leyera. Entonces después de casi alcanzar la cima... vino lo peor. No sé quién pudo saber mi nombre real y me convertí en un segundo de opinóloga en funada. Sentí en carne propia como se me exponía y se me atacaba con escarnio. Me dijeron: - opina ahora!! ... y la verdad es que me defendí como pude, pero era una batalla desigual. Yo decía una y me decían diez. Me di cuenta lo ingrato que es estar al otro lado. Lo que había hecho a otros se volvió hacia mí y la verdad es que me arrepentí en ese instante el no haber terminado el curso de pintura en acuarela. Quién me manda a meterme en las patas de los caballos. – Me recriminé. En fin después de este trago amargo, como toda experiencia algo dejó, llegué a concluir que el coronavirus ataca, pero ataca a todos los que se les cruza sin discriminar yo opté por convertirme en un virus también, pero en uno más agresivo porque atacaba a quien ya estaba padeciendo los embates de este virus llamado funa, que es una cepa



de otro virus anterior: el ciber bullying y que es tan contagioso que el solo hecho de ponerse tras una pantalla, un teclado y mouse corres el riesgo de infectarte, como me ocurrió. Cuídate. No dejes que este virus te

atrape pues puede inclusive no solo dañar tu mente y corazón sino también tu alma y espíritu. (si te gustó lo que has leído puedes darme un like) Perdón... perdón no me hagas caso es solo una recaída.

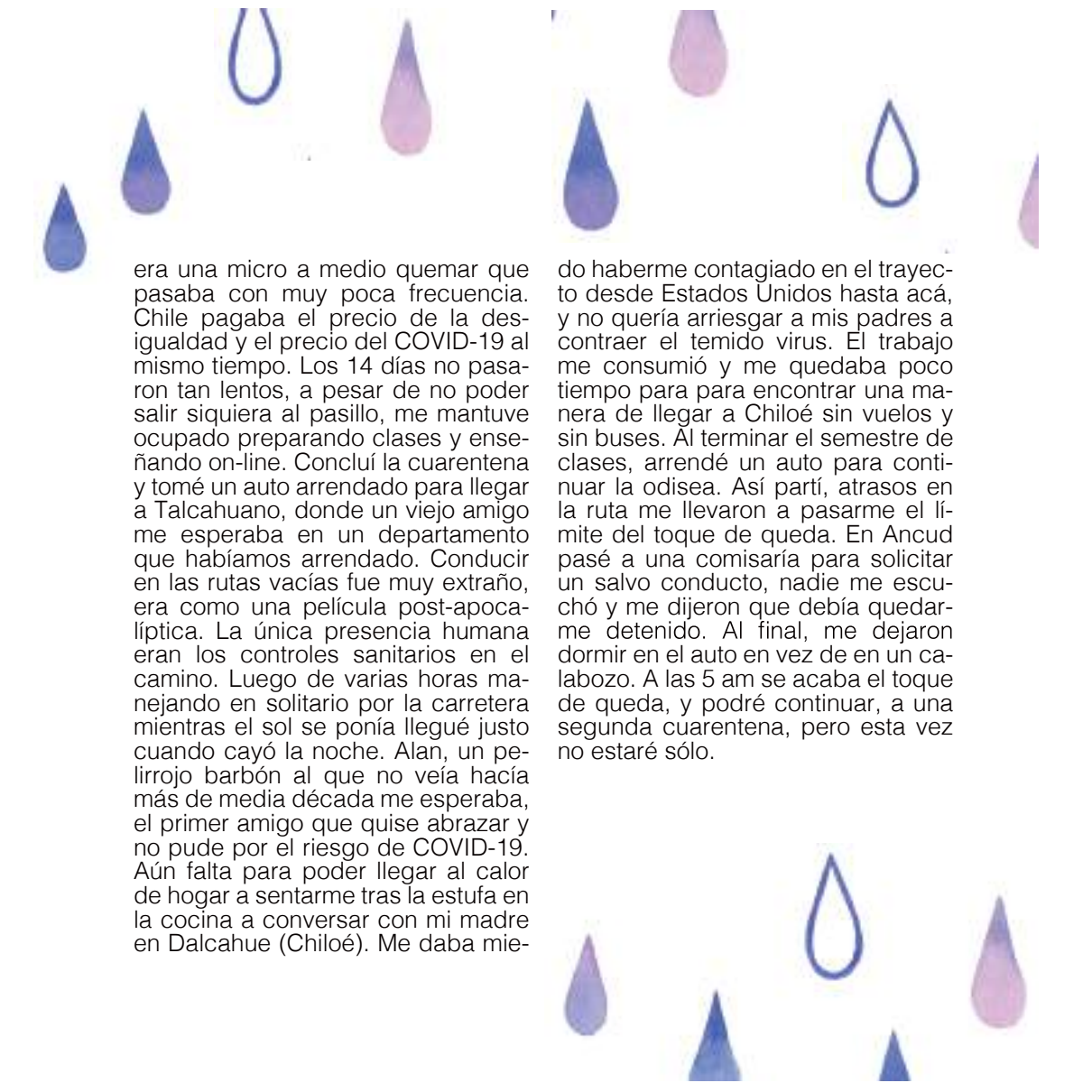
Cuento de Cuarentena

Autor Víctor Aguilar Vidal

La lluvia sobre el techo del auto me despertó esa fría noche de invierno en Ancud, el toque de queda me impidió llegar a destino esa noche. Iba a casa, a tenderme en el flojero detrás de la estufa a leña que mi padre sagradamente encendía temprano, donde mi madre calentaba un mate y cocía el pan. El viaje lo había comenzado meses antes. Dejaba atrás Auburn (Alabama), en el aeropuerto me despidieron dos buenos amigos que por precaución no entraron. Atlanta, un lugar que antes siempre fue una locura, esa calurosa tarde de marzo era muy diferente. Antes, el horizonte estaba cubierto de aviones, esta vez era un desierto gris, no había filas para la entrega de maletas ni en seguridad. No pude dormir en el vuelo, el número de contagiados crecía sin piedad en Brasil, Chile cerraba sus fronteras a todo extranjero y muchos vuelos por esto eran cancelados. En Sao Paulo no fue difícil encontrar una puerta sin pasajeros. Mientras grababa una clase para mis alumnos, cada cierto rato me interrumpía una voz por altoparlante que anun-

ciaba una nueva cancelación. Ya en el avión, me dormí con la alegría de que al fin regresaba a Chile, luego de vivir 5 años fuera, lejos de la cordillera, del mar, de los curantos, de la familia y los amigos. Durante el viaje usé unos guantes que me consiguió Charles, un amigo canadiense que estudiaba la evolución de pequeños insectos llamados pseudo-escorpiones. Las mascarillas estaban agotadas en Auburn, mi colega Wu, un chino muy amable había recibido 3 desde China enviadas por su mamá, y me regaló una para protegerme. Cuando aterrizamos en Santiago pasamos por una desordenada pero estricta aduana sanitaria, adicional a las aduanas de policía internacional y de alimentos, esta era la aduana COVID-19. A pesar de toda la tecnología disponible en 2020, el control de temperatura y síntomas quedaba registrado en una colilla de papel timbrada. Debí guardar cuarentena en un hotel sanitario del centro de Santiago por 14 días. Tenía vista a una esquina que sufrió la furia del estallido social, lo único que se veía





era una micro a medio quemar que pasaba con muy poca frecuencia. Chile pagaba el precio de la desigualdad y el precio del COVID-19 al mismo tiempo. Los 14 días no pasaron tan lentos, a pesar de no poder salir siquiera al pasillo, me mantuve ocupado preparando clases y enseñando on-line. Concluí la cuarentena y tomé un auto arrendado para llegar a Talcahuano, donde un viejo amigo me esperaba en un departamento que habíamos arrendado. Conducir en las rutas vacías fue muy extraño, era como una película post-apocalíptica. La única presencia humana eran los controles sanitarios en el camino. Luego de varias horas manejando en solitario por la carretera mientras el sol se ponía llegué justo cuando cayó la noche. Alan, un pelirrojo barbón al que no veía hacía más de media década me esperaba, el primer amigo que quise abrazar y no pude por el riesgo de COVID-19. Aún falta para poder llegar al calor de hogar a sentarme tras la estufa en la cocina a conversar con mi madre en Dalcahue (Chiloé). Me daba mie-

do haberme contagiado en el trayecto desde Estados Unidos hasta acá, y no quería arriesgar a mis padres a contraer el temido virus. El trabajo me consumió y me quedaba poco tiempo para para encontrar una manera de llegar a Chiloé sin vuelos y sin buses. Al terminar el semestre de clases, arrendé un auto para continuar la odisea. Así partí, atrasos en la ruta me llevaron a pasarme el límite del toque de queda. En Ancud pasé a una comisaría para solicitar un salvo conducto, nadie me escuchó y me dijeron que debía quedarme detenido. Al final, me dejaron dormir en el auto en vez de en un calabozo. A las 5 am se acaba el toque de queda, y podré continuar, a una segunda cuarentena, pero esta vez no estaré sólo.

cuarentena
tu
cuento



UNIVERSIDAD
SAN SEBASTIAN





UNIVERSIDAD
SAN SEBASTIAN